

# ATENEEO DE HONDURAS

REVISTA MENSUAL, ORGANO DEL CENTRO DEL MISMO NOMBRE

DIRECTOR:

**FROYLAN TURCIOS**

REDACTORES:

**ROMULO E. DURON, ESTEBAN GUARDIOLA, SALATIEL ROSALES, SAMUEL LAINES**

DIRECTOR ARTISTICO:

**CARLOS ZUNIGA FIGUEROA**

AÑO II Tegucigalpa, Honduras, Centro-América, 22 de septiembre de 1914 NUM. 12

## El prócer Herrera.

Discurso de Rafael Heliodoro Valle, dicho el 15 de septiembre de 1914 en la Casa Municipal de Comayagua.

Los hombres de acción ó de pensamiento que realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones á la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos ó servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores ó generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente ó se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable ó como pensamiento trascendental.

(Bartolomé Mitre. Historia de San Martín)

BIBLIOTECA UNAH-DEGT



478758

2016-Colección de Herrerataca

*Ciudadano Presidente  
de la República,*

*Ciudadanos:*

No era posible que me negara al llamamiento del pueblo á quien cuida la mujer de mármol que entre los árboles de ese jardín público parece la encarnación de la ciudad altiva, porque hace que todos al mi-

arla sientan la emoción del heroísmo y contemplando el hacha de su diestra y la tranquilidad de su gesto inmutable se detengan junto á su pedestal como para oír la pronunciar misteriosos acentos. Acepté el encargo en la esperanza de que, en algunos corazones, algo de mi discurso quedará, sin que se borre de momento; y con la seguridad de que no volveré á ascender á esta cum-

bre de la palabra popular, así como don Salvador Díaz estaba seguro de que no lo volverían á elegir regidor cuando regaló el reloj de Tegucigalpa.

Pocas veces el corazón siente lo que en este día adorable de la libertad en que parecen el aire más diáfano, la luz más tibia, los niños más alegres y las cabezas de los ancianos asumen la majestad que tuvieron, en la mañana de la independencia, las cabezas queridas de los Próceres. Después de la lectura del Acta inmortal, no debería haber más discurso que quince minutos de silencio y contrición, porque no hay labios capaces de exclamar palabras superiores á las de José del Valle, ni pluma que pueda trazar en la conciencia del pueblo un símbolo más claro que el de "crezca libre y fecundo," escrito por nuestros padres sobre el árbol simbólico de la libertad.

Pensar en ellos, sin hablar mucho, es lo mejor; pensar en que les debemos casa, madre y jardín, y en que ningún premio les regocijaría más que el de nuestra gratitud probada con regar la planta bendita que sembraron el 15 de septiembre para que nosotros cosecháramos los frutos de oro que decorosamente adornan las cornucopias del escudo nacional y procurar que las cosechas posteriores sean el más divino elogio de su siembra. Pensarlos en la serenidad de la paz que nos soñaron, saliéndonos en bendiciones la gratitud con que abarcamos su cariño y mantenemos la religión de su recuerdo, ya que somos suficientes posteridad para alabarlos con idolatría; porque si es cierto que

una ambición virtuosa y el deseo de alcanzar existencia perenne á través del tiempo demoleedor, colaboraron en el cumplimiento de su Obra, ellos eran los heraldos de un Destino por cumplir, los escogidos por un hado providencial para emprender las nuevas audacias, los civilizadores que venían del seno de lo ignorado para formular, en la historia de la joven República, las palabras definitivas y eternas.

Mi pueblo natal me envía á decir el discurso inevitable en esta fecha, y porque los deseos de Comayagua me son mandatos maternales, llego á esta tribuna—orlada de banderas—á pesar de mi desdén á los gritones de la plaza pública, con la intención de platicar en familia, ya que, después de la lectura del Acta de Independencia, plagiar á Marure para describir la mañana del 15 ó insultar á España, en idioma español,—á la manera de los escandalosos,—es tanto como robarse, en una misa, el copón de oro del altar, así que el sacerdote ha pronunciado las palabras inmaculadas del Rito.

Y he creído que la única disculpa de este discurso estará en recordar á uno de los Próceres, porque una gran Vida es tan brillante como un gran Suceso, y en la intimidad de esta ceremonia, eso de saber cómo fué uno de nuestros Padres, ha de seros tan grato, como era para el pueblo griego que deseaba conocer las victorias de Himera y Salamina, sentarse, en el cálido recogimiento de la noche, junto á las rodillas del abuelo Píndaro. Y ninguno más digno de ser evocado que don Dionisio de Herrera, el olvidado don Dionisio que no tiene una estatua

en su país y cuya figura grave y tutelar se perfila en el martirologio del Unionismo, purificado y envuelto en sublimes resplandecencias. Ningún héroe, ningún santo, ningún dios de nuestra Historia me ha cautivado lo que este hombre altivo y extraordinario á quien todavía no comprendemos y que no necesita las palpitations del mármol para reincorporarse dominador y resplandeciente sobre la piedra de ara de nuestro corazón! Y ningún momento es más á propósito para pensarlo que este día en que se enloquecen las campanas tegucigalpenses que él oyó repicar cuando era niño; en que el cielo que él vió se empapa de azul propicio para que ondulen flámulas; en que el aire que él aspiró tiene la rara claridad que necesitan, para volar, las ideas; y cuando en todas las cosas hay un imperativo deseo de que nuestra alegría se disuelva en la dulzura luminosa de la Patria. . . . Permitted, ciudadanos, que en este día un hombre libre salude á un hombre inmortal!

Yo creo que está en vuestra memoria su imagen, aquella del Salón de Retratos del Palacio Nacional, en la que don Dionisio mantiene el desdén que tuvo á la Fama y la dignidad que tuvo en la Muerte. Semblante lleno de la anticipada melancolía que nunca lo abardonó; la cabeza para el busto aislado y suficiente infinito para la luz intelectual; la frente amplia y blanca á la manera de un ala de la meditación; la boca desdeñosa y selecta; la nariz igual á la de Morazán; los ojos siempre escrutando entrañas de infinito ó lejanías de ideal; el mentón

de mujer; el pelo negro y con la patilla que usaban entonces; rasurado el bigote; el óvalo fino, como que era de prócer, y prócer hubiera sido fatalmente en cualquier tiempo ó país; manos de gran señor; porte que denunciaba al que había nacido para mandar; la complexión robusta, según propia confesión; ha de haber sido la suya una voz suave porque así es la de todos los fuertes y suaves los ademanes, porque los generales le obedecían con dulzura; y su frugalidad tanta como su elegancia mundana: quitándole la levita y poniéndole tonsura parecería un monje torvo ó acaso uno de aquellos héroes que se imponen con la sola presencia y en quienes—según Michelet—la magnanimidad es la virtud fundamental.

Su familia fué de lo más distinguido de la época y cuando probó que estaba *limpio de toda mala raza*, no teniendo sangre de mulato, indio, hereje ó zambo, á buen seguro que lo estaba de que entre sus antecesores no había ni mulato pícaro, ni indio cobarde, ni hereje de la inteligencia, ni zambo mentiroso. En la escuela del maestro Felipe Santiago, padre del poeta Reyes, aprendió á leer y contar. Sus hermanos eran Justo José Herrera, que llegó á Jefe del Estado de Honduras, y Próspero Herrera, Ministro de Centro América en Francia; sus amigos José Antonio Márquez, Diego Vijil, Mariano Gálvez, Francisco Barrundia, es decir, lo más escogido de sus contemporáneos, los *eupátridas*; su discípulo, Morazán. Se rozaba únicamente con almas puras y talentos magníficos; y es que los varones ilus-

Como todos los callados, del silencio iba a la acción, en línea recta. Su vida fué plenamente entregada a las acciones virtuosas, a modo de ciertas urnas satisfechas hasta colmarse de claridad diamantina; y por algo podríamos hallarle semejanza con la casa de cristal perfecto que deseaba un mandatario para que todo el mundo viera la transparencia de sus actos. El, en la pequeñez de nuestra moralidad democrática, es unidad invaluable, de esas que se hallan en un medio antitético, y sin la otra unidad que complete su mundo armonioso. El era una síntesis de virtud y de talento; es decir, una autoridad entre los hombres. ¿Para qué sirve el genio sin el alma bondadosa? En él brillaban todas las virtudes como en una piedra preciosa todas las madrugadas. Siempre que haya una virtud pública o privada que alabar, siempre que haya un rasgo de ternura o un episodio puritano de qué hablar, don Dionisio será el ejemplo. Hay quienes tengan esta o aquella bondad, pero no la Bondad entera; y don Dionisio era un universo moral. Las generaciones que vengan dirán que hondureño tal era valiente en los combates, pero no tan sereno en las catástrofes, como don Dionisio; que aquél otro era un bienhechor del progreso material, pero no que tuvo las manos ruborosas para contar el oro del Erario, como don Dionisio; que éste dió la paz al país y era saludado por las ovaciones delirantes, pero no que haya hecho bienes a los ingratos, como don Dionisio; que el de más allá hizo carreteras y puso rieles, pero no que como don Dionisio

haya sido más sincero haciendo el bien, más amoroso con sus gobernados, más activo en los reveses, más transfigurado en el dolor. Es porque don Dionisio de Herrera ya no es sólo un hombre ilustre en nuestra historia: es una idea flotante, una virtud visible, la Patria palpable, el Deber hecho carne y hueso; ya no un tipo de la historia, sino una excelsa abstracción.

Quiere, y es una dama hablando. ¿Odia? No, á nadie; es de los hombres que han nacido para amar y para ser olvidados. "No vuelvas á besarme las manos—le dice á un amigo. Ese frío lenguaje es para otros." Manda, y los generales le obedecen; un anciano le lleva sus cuatro hijos para que se mueran defendiéndolo. Sus enemigos son Arce, el usurpador; Lindo, el voluble; Milla, el incendiario; Fernández, el traidor; Rosa Medina, el asesino; el mediocre Padrón Irfas que vende las custodias y los copones de su catedral para hacer la guerra al mandatario cristiano que proclama la libertad de imprenta y organiza tertulias patrióticas para que todos digan lo que piensen. Este justo, este santo, rehusa ser en Europa el Ministro de Centro América, porque "asuntos de honor le prohíben que salga del país." Este desengañado estadista, que fué maestro del Paladín de Centro-América, Aristóteles de tal Alejandro, pasa de Presidente de la Asamblea de Honduras á maestro de escuela primaria en San Vicente, porque cree que es un honor bajar del solio para ir á enseñar á los niños.

A este patriota blanco, una noche en Comayagua le hacen tiros por el

balcón y escapan de matar á su esposa; le ponen grillos el año de 26; la soldadesca entra á saco en sus haciendas y le queman la biblioteca porque es una herejía tener libros franceses. A él, que no mandó matar á nadie, a nadie puso grillos, sino que desengrillaba pueblos, á nadie le preguntaba cuál era su religión y mereciendo el elogio austero que consagraron á un grande hombre "pasó junto al Oro sin mancharse y junto á la Gloria sin envanecerse."

Fué Jefe de tres Estados y en todos respetó la libertad, á nadie le quitó el pan de la boca y nada pidió á la patria, cuando estaba en la pobreza. En su modestia con decoro llegó á decir que deseaba positivamente que en Honduras hubiera muchos que fueran mejores que él, para el mando. Y á este gran señor, gran prócer, blasón de tierras libres, Padre y Maestro de virtudes, no le hemos dedicado siquiera un bloque de granito negro en donde su apellido bastaría para la austeridad de su epitafio! Bien decía que le habían pagado con ingratitud muchos á quienes había hecho favores; bien tenía el presentimiento de que algo trágico iba á pasar después de su muerte; bien está así durmiendo á la sombra de una cruz cristiana, proscrito como en vida, olvidado como cuando dejó el poder; sin ser oficialmente benemérito, que hasta en esto se distingue de los otros. ¿Para qué ciertas estatuas? Hay piedras que pesan mucho sobre algunas tumbas. El que á nadie atropelló ni violó su derecho, ni hizo derramar lágrimas ó vestir luto sin motivo—igual á Pericles—descansa

olvidado, entre la pobreza honrada de los mausoleos anónimos. ¿Cuándo en Centro-América dejará de ser la media noche de la justicia? ¿Cuándo Centro-América, madre de Gálvez, de Herrera y de Carazo, podrá, imitando á la madre de los Gracos, abrazar á esos tres hijos y decir: "He aquí mis joyas,!" apretándolos sobre su corazón?

Estamos huérfanos de Dionisio de Herrera. Estamos sin él; y no queremos hacerle honores extraordinarios. Sin temor para adular á los vivos pequeños, tenemos miedo de hacer justicia á los grandes muertos. "¿Qué haremos, Dios mío,?" exclamaban la gentes el día que murió Washington. ¿Qué haremos nosotros para amar á Herrera, dignamente, como él nos amó, y demostrarle—como el Rey á la Sulamita—que el Amor es más victorioso que la Muerte? Nos hace falta aquel gigante de inocencia de paloma. Nos hacen falta su sabiduría, su bondad, su semblante, la suavidad de su palabra, su mirada amorosa. Si, según decía él, Valle y Arce hacían falta el uno para ayudar á pensar y el otro para ejecutar, él, cuya ocupación natural era pensar y ejecutar, ya no está entre nosotros, y cuando regresa invocado, viene lleno de una noble melancolía, como el Poeta cuando regresó del Infierno.

¿Quién como él, quién más grande que don Dionisio, quién más puro y digno de las bendiciones de la inmortalidad? No tiene que envidiar ni á José del Valle, ni á Francisco Morazán, ni á Trinidad Cabañas: él es superior á todos, porque á todos los compendia, porque tie-

ne las virtudes de todos y es el más sincero de aquella generación de hombres grandes.

Morazán es irresistible, fascinador. Cuando el héroe nació ha de haber relampagueado. El proster-na todas las admiraciones, hace inclinarse todas las cabezas, retoñar todos los laureles. Su genio es un sol que cierra los párpados de los que osadamente lo columbran. El trote de su corcel estremece el Istmo, su clarín ensordece los ámbitos sorprendidos y al escuchar su nombre parece que una melodía triunfal nos penetrara en el espíritu! Ese meteoro necesita lente de diámetro especial para ser estudiado. ¿Qué fotógrafo se atreve á sofrenar el caballo de nuestro gran Capitán? Don José del Valle es ambiguo como la época en que actuó: empleado españolista, emancipador, antianexionista á México, ministro de Iturbide, dominador siempre, pues era un autócrata del pensamiento entre sus contemporáneos; mitad ambición y mitad desinterés; ni liberal del todo, ni del todo conservador, pero lo cierto es que si al leerlo hay que fijarse en lo que no dijo, todo lo que pudo decir fué para servicio de la Patria, y si algún pecado lo ensombrece, el sol de su saber parece vivas claridades en torno de su testa. Su cabeza era una Acrópolis para el dios de oro y marfil de su orgullo: el sabio está replegado en sí mismo, no se nos muestra aún, no deja que lo penetre del todo la luz del análisis: es para el historiador uno de esos ídolos que entre el polvo de las ruinas mantienen la belleza antigua de su misterio. Cabañas, con el cabello oscuro, más

flaco, más largo, es Don Quijote: así de simpático y enamorado de Dulcinea, la Unión Centroamericana; tatuado de cicatrices, sin que los reveses le abollaran el casco; capaz de matarse con diez héroes y á campo raso, ó de meter lanzas en la cara del Diablo y de renunciar honores después de entregar trofeos á la patria y de pedir permiso para retirarse á sembrar sus tierras, como el cónsul romano. Oímos el nombre de Cabañas y es como si nos pasaran jazmines por la frente; contamos alguna anécdota del héroe y ya está en la boca un poema de Homero. ¿Quién osa ver defectos en el poema? Pensamos en la gran barba caballeresca y la faja blanca de nuestro pabellón adquiere un candor legendario. ¿Quién de vosotros, á falta de tela, no pondría la barba de nuestro General, en el pabellón blanco y azul?

Vidente á lo Morazán, pensador á lo del Valle, honorable á lo Cabañas: así era don Dionisio el sin man-cilla, el que puesto frente á la luz del sol del Honor es un brillante que por todas partes se cubre de fulgores... Acercándose a su memoria amada, el patriotismo alarga rosas y gajos de laurel. Se han de estremecer algún día las piedras—mármoles ó basaltos—para copiar la dulce figura del patricio, cuyo sólo recuerdo es capaz de volver luminosas a las almas oscuras...

Ya parpadea en el oriente la luz de la piedad, para envolver al gran féretro; una alborada de amor y de justicia pone sobre esa tumba los resplandores de la resurrección; y si traemos sus cenizas que se les hagan austeros funerales, porque a

los muertos queridos se les entierra sin pompa, se les lleva por la calle más silenciosa, los acompañan los amigos íntimos y en silencio se les cubre de tierra, como José de Arimathea lo hizo con el Cristo! No los arcos triunfales, ni la pira olorosa frente al ataúd, ni los dobles de las campanas, ni las fúnebres músicas. Encúmbrese el pabellón azul y blanco, sobre la capilla ardiente del muerto prócer,—ese pabellón que las manos de las vírgenes deben bordar con alas de palomas y esplendor de aguas marinas,— y deshojen guirnaldas de roble jo-

ven al paso del cadáver que vuelve del olvido, envuelto en el día sin nubes de la inmortalidad. Como la estatua de Memnón en el desierto, el alma filial de la República ha de alzarse al infinito, mutilada en el brazo doloroso que ha de quejarse a los primeros fulgores de este gran crepúsculo de la piedad nacional en que la apoteosis irradie sobre la frente de Dionisio de Herrera, como el Espíritu descendió sobre las cabezas elegidas, hecho lenguas de gloria.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



## La sonrisa de Afrodita

El poeta Aben-Ahr, Hijo del Cielo, que había triunfalmente recorrido todas las cumbres en edad temprana, se sintió abatido.

Y cuando la virgen Li-ta-fou le dijo que ella se moría loca por su amor, el Hijo del Cielo refirió su historia. Li-ta-fou escuchaba llena de terror. Y el poeta dijo:

— Tú me hablas de amores, tú la más hermosa mujer que ha existido. Escucha mi historia. Y después ¡oh bella! me dirás si quieres sea tu elegido. Cuando niño tenía una esperanza, una solamente: la de ser hombre, para mirar la vida frente á frente, y luchar, y triunfar, gozar de todos los encantos que ofrece la victoria; ser un héroe ó un genio, y dejar grandes trazos en la historia. De niño era yo un mártir de mis sueños. Viví desesperado, a impulsos de violentas ansiedades. Y si muy resignado crucé las arideces de mi infancia, sufriendo amargas horas de miseria y crueldad, y hasta de humillaciones depresoras, fué porque fulguraba la esperanza de ser hombre algún día. Así me consolaba de mis angustias y de mi feral melancolía. Y luché como nunca ha luchado niño alguno en la vida, bajo una negra miseria que amontonaba sobre mi alma aturdida todas las penas, los dolores más acerbos, arrojando en mi senda los guijarros más duros y los cactus que pudieran herirme en la contienda. Al fin me ví vencedor. Hecho ya un hombre me sentí de repente.

Y dolorido más que nunca, en el cansancio de la lucha inclemente, me detuve un instante a meditar. Y pensé, desolado y angustiado: ¿Es este el triunfo que tanto ambicionaba? ¿En dónde está el placer? ¿A conquistar este inmenso vacío, vamos, ciegos del alma, sin saber que cada cima alcanzada es un nuevo dolor que se agrega a los dolores padecidos? ¿Y para esto es que el alma se entrega a los azares del combate rudo? ¿De qué me sirve ser un triunfador, haber causado daño a los hermanos que estorbaron mi paso vencedor? El vacío, el profundo vacío solamente descubro en torno mío. Estoy más desolado que antes. La vida es más pesada. Siento frío. Siento amargores de remordimientos por las almas vencidas con mi brazo. Nieblas y nieblas por doquiera. De luz ni un sólo trazo vislumbro en el presente, y tampoco vislumbro una esperanza en el oscuro porvenir. ¿Qué objeto tiene continuar la lanza en ristre, la espada en la diestra, derribando prejuicios y maldades, si siempre he de vivir como un proscrito, del dolor en las negras oquedades? El amor, que es lo único en la vida que da momentos de placer, conduce a la baja del instinto, y embrutece y degrada nuestro ser. Es la fuente más pródiga en dolores. En mí ha dejado huellas profundas y sangrantes heridas. Es el amor una ilusión de estrellas que se resuelve en realidades crueles, en negras amarguras. Me ha cargado de grandes pesadumbres y de horribles torturas. Me espanta sólo su recuerdo. Es un fantasma repugnante que manchó cuanto había en mi alma de albicante. ¿Y qué fin perseguimos en la vida? ¿Acaso tiene objeto? ¡Luchar! Herir, matar, sin escrúpulo alguno ni respeto al prójimo más débil. Arrastrar, como arista por el viento, al infeliz que estorba las innobles urgencias del momento. ¡He ahí el gran objeto de la vida! Es un fin animal, indigno del espíritu que brilla con luz firmamental. Es la vida una farsa muy mezquina y muy cruel, y no tiene otro objeto que vivir como Caín y Abel. Y cuando uno palpa todas sus mentiras, y cuando uno advierte sus dolosas miras, por ella siente un asco sin límites, una aversión profunda, y quisiera abatirla con saña, por inmunda. De niño me abrumaba el ansia de ser hombre, la aspiración fogosa de conquistar un nombre. ¡Ser hombre, tener nombre, para seguir sufriendo amargas horas de miseria y crueldad, y hasta de humillaciones depresoras! ¡He ahí el ideal realizado! ¡He ahí el porvenir acariciado con tan hondo fervor! ¡Qué realidad tan triste, después de haber soñado! ¡Qué vacío, qué náusea se sienten en la cumbre! ¡Más feliz—en su inconsciencia—es la ciega muchedumbre! Y, a pesar del vacío y del asco, hay un ansia de vivir, un ansia que no es más que locura de sufrir. Huyeron mis creencias, y emigraron también mis ilusiones. Ahora mi único anhelo es matar mis sensaciones, ¡que no hay dolor más hondo que el dolor de sentir! Aspiro a disolverme muy pronto, a sucumbir, agotando mis fuerzas apresuradamente. Por eso cometo fatalmente uno tras otro exceso,



tan brutales, que cuando un nuevo día amanece, asombrado me digo:  
¿Por qué no morí anoche? Me palpo, y me cerciero de que viviendo sigo.  
Y es tal la plenitud de mis fuerzas, que a veces,  
tal vez cuando me acosan más fieros los reveses,  
le doy golpes muy rudos a la vida, que son  
tan fuertes que pudieran descoyuntar un león.  
Consciente del fracaso de vivir sin objeto,  
contra la vida lanzo día tras día un reto.  
Combato con atroces disciplinas mis animales sensaciones.  
Someto mi organismo a las más severas purificaciones.  
Las mortíferas drogas son los vinos sedantes  
que en mis nervios celebran sus fiestas delirantes.  
Y todavía siento a veces los impulsos malsanos de Afrodita,  
y me abruma aún el deseo y la pasión maldita.  
No se doma la carne fácilmente cuando en la plenitud  
se encuentra el organismo exuberante en plena juventud.  
Pero al fin ha de ser doblegada la vital resistencia,  
y a su aniquilamiento final llegará mi existencia.  
Y, a pesar del anhelo de muerte, hay un ansia de vivir,  
un ansia que no es más que locura de sufrir.

\*

Aben-Ahr calló. Li-ta-fou asombrada, dolorosamente,  
se acercó al poeta. Le estrechó en sus brazos, le besó en la frente.  
Y ambos se durmieron largas horas. Cuando llegó la mañana  
los halló enlazados. Eran dos cadáveres. En tanto Afrodita sonreía ufana.  
Y un alegre fauno contemplaba el césped regado de púrpura y grana.

JULIÁN LOPEZ PINEDA.



## Los dos perros

El sol que aún no había abandonado el horizonte, se entretenía en teñir y desteñir las nubes errabundas, dándoles los más extraños aspectos que concebir pudiera la más fértil y extraviada fantasía. El ambiente estaba cargado de olores campestres, y mientras las montañas, envueltas en una transparente gasa de ópalo, mostraban sus cimas

coronadas con una luz de oro, un suave viento de otoño entonaba la canción de la tarde.

Tras un ligero carruaje, cuyo rumor se iba debilitando á lo lejos, iba por la vera del bosque un gran perro de piel fina y suave, de ojos muy claros y hermosos, y cuyo cuello estaba ceñido por un collar recamado de piedras preciosas, que

resguardaba un valioso candado exiguo y reluciente.

Al pasar cerca del seto de una alquería, salióle al paso un perro hirsuto y bravío, quien acercándosele fraternalmente, le dijo:

—¿A quién buscas en el bosque, noble hermano?

—¿Noble hermano? replicó el otro, gruñendo.—Por qué me llamas hermano? Acaso un ser de mi condición y mi linaje puede ser llamado así por la villana boca de un campesino? A nadie busco. ¿Qué te importa á tí saber si busco sobre la movible arena la huella que dejó al pasar el fastuoso carruaje de mi amado señor? Y sobre todo, granuja de las sierras ¿qué méritos te abonan para elevar hasta mí tu familiaridad insultante? Ignoras acaso que mi hogar es dichoso y opulento, como el de los príncipes; que mi vida se desliza entre un ocio dulce sólo concedido á los poderosos; que como manjares succulentos y sabrosos; que duermo sobre colchones cubiertos del más fino peluche, y que las más hermosas damas acarician mi cabeza con sus manos suavísimas y blancas? ¿Ignorabas, acaso, que fuese dueño de tan extraordinarias grandezas?

—Ignoraba.—replicó el perro,—que fueses dueño de tan singulares grandezas.—Y en verdad, ¿que valgo yo? ¿Qué vale ante tí un mísero sér que conoce el polvo estéril de todos los caminos, que vive entre malezas, que come pan negro arrojado con mal modo, que ha sido quemado por el sol ó lastimado cruelmente por el frío? ¿Qué vale ante tí, ser afortunado, una triste carroña nacida en la más oscura

pocilga; que habita un hogar ignorado y modesto; cuyas garras son tan tóscas y feas como nacidas para las horribles luchas; cuya piel es resistente y áspera, como nacida para las intemperies? Pero, noble amigo, ¿tú también ignoras, acaso que vivo en la dehesa de un pastor; que rompo con mi piel las enredadas breñas por alcanzar la pieza que siguen tras de mí los cazadores; que me agobia durante el día la fatiga; que vigilo durante la noche contra el ladrón nocturno, y que gano de ese honrado modo mi sustento? ¿Ignoras que me ha dado sorprendentes energías el trabajo, admirables astucias la pobreza, descomunales altiveces el combate; que soy audaz y temido si me plugiese, destrozaría en un instante tus suaves carnes de seda, como si fueses entre mis garras la más ternísima liebre?

Tener por únicas excelencias la frescura de la piel, la redondez de los miembros y la hermosura de los ojos, y ser altanero y desdeñoso con los humildes; vivir en un ocio adormecedor y criminal, con el ánimo acobardado y envilecido, cultivando los vicios más odiosos y menospreciando el trabajo, que es la más augusta ley de la vida; vivir en opulencia prestada y deber la prosperidad á la gracia de los poderosos, á una efímera gracia conquistada con serviles movimientos de rabo y con adulatoras miradas; eso no es grande, amigo mío; eso es ser parásito inútil que permanece inmóvil entre el gran movimiento de la vida; eso es ser insignificante y débil, eso es ser muy pequeño, amigo mío. Ser frugal y modesto; huir de la malicia que enerva y de la pereza

que gasta; ser siempre generoso y la espesura del bosque, el otro ladró humilde, tanto en las claridades de virilmente. Era que con sus vigorosos ladridos entonaba el himno de las prosperidades como entre las sombras de la desgracia, eso es ser de los fuertes.  
grande, eso es ser muy grande,  
amigo mío.”

LUIS ANDRÉS ZUNIGA.

Luego calló.—Y mientras el del collar se deslizaba furtivamente por



## PARA ENTONCES

De Lorenzo Stechetti

Cuando llegues á vieja y junto al fuego  
leas mis versos lentamente  
irá surgiendo en tu cansada mente,  
el tiempo en que te amé.

Y abatida tu frente sobre el pecho  
caerá al recuerdo del perdido encanto,  
y pensarás en mí que te amé tanto  
y ya muerto estaré.

Y creerás oír mi voz en la del viento  
como un escarnio que el invierno envía,  
y el eco abrumador de una ironía  
también creerás oír . . . . .

Y la voz te dirá: ¿Ya no te acuerdas  
de tus largos cabellos de oro fino,  
que sobre el albo seno alabastrino  
yo miraba lucir?

¡Oh, cómo el tiempo marchitó las rosas  
que en tus mejillas florecieron antes!  
¿Dónde están tus desdenes arrogantes?  
Tus crenchas ¿dónde están?

Estás sola, llorando junto al fuego,  
muertas tu juventud y tu alegría.  
También yo, solo, aquí en la tumba fría,  
lloro con triste afán.

¿Buscas calor al alma soñadora?  
No lo hallarás al fuego de esas llamas.  
Ahora sientes anhelos, tal vez amas  
y no tienes á quién!

¡Ven, yo te espero! Si en la vida triste  
no pudo ser, aquí nos uniremos.  
Ven y juntos los dos nos pudriremos.  
¡Ven á mi tumba! ¡Ven!

*Jurado de la Parra.*



## Los últimos libros y revistas

*Fontaura Xavier.—Opalos.—(Poesías escogidas y traducidas al español por José Santos Chocano.)—Librería Bouret.—1914.*—A las Cataratas del Niágara, las águilas, los emperadores, las montañas, a las cosas grandes que piden magestuoso núnmen, canta el poeta portugués en alejandrinos donde ha plasmado inquietudes del siglo, melancolía de sapiencia y fatiga de lujuria. Nebuloso a veces, como que el cuervo poeano “le rozó la frente con el ala de su fúnebre augurio”; panteísta pleno de ansia de ideal: salen de su verso las vibraciones del mundo moderno, y algo así como el perfume de una rara flor de decadencia, del fondo de algunos sonetos esculturales y pálidos a la manera de

ciertos moribundos que guardan la viril postura en el estertor final. Hombre de acción, de pasión y de pensamiento, hombre armonioso, Fontaura Xavier es, en América, un poeta de visión firmamental en un señor de estirpe selecta.

*El Foro.*—La seria revista que Luis Cruz Meza regenta en San José de Costa Rica sirve de prez a la producción periodística de Centro América. En el número de julio leemos la aclamada conferencia que en el *Ateneo de la Juventud* dictó el Doctor Alejandro Rivas Vásquez, sobre el tema: *La América Latina ante el conflicto mexicano*. Con serenidad de gran historiador el conferencista hizo la síntesis de los sucesos revolucionarios que si-

guieron a la caída de Porfirio Díaz; y, penetrándolos, juzgó a hombres y sucesos, profetizando, con fé justa en la libertad, que no será destruida la independencia a que tenemos derecho. Lecciones de energía así, bien dichas, robustas de autoridad, son las que debemos oír en los parainfos, las que pueden predicarse a las patrias con pánico, las que deben vibrar en los oídos de los jóvenes; y no esas chácharas que los liberalastros espetan desde las tribunas, creyéndose verbo-motores de la democracia.

*Antonio Bones Quiñónez.*—*Geografía e Historia de Honduras.*—*Choluteca, 1914.*—Lamentamos que esta obrita del Profesor Bones traiga en su primera edición tanto error de cuantía, que no sólo atañe a la Gramática sino a la Dídctica de su género; errores inexcusables porque el trabajo de marrras está hecho con intención de ser útil a las escuelas del país. Por otra parte, la Historia, enseñada así como el autor lo pretende, no «encaja», no está conforme a los mandatos metodológicos. La Geografía Política, a la que se da preferente sitio en la obrita, ya pasó de moda: nomenclaturas de aldeas, municipios, etc., adios. En cuanto al esfuerzo realizado y a los estudios del Profesor Bones, sólo palabras de aplauso tenemos: hacer un trabajo así, entre tanta dificultad ambiente, y ahí en Choluteca en donde no se anda muy bien en comodidades de tipografía, es un heroísmo. Dios mediante, el autor cambiará de parecer en la segunda edición que nos anuncia.

*Blanco y Negro.*—Santo Domingo, isla intelectual, tiene esta revista

que publica el señor Francisco A. Palau y ahora redactan Luis Eduardo Betances y Primitivo Herrera. Dichosos dominicanos que en medio de las balas, mientras se degüellan en la manigua y comen cecina de venado en el vivac, ellos, los literatos, tienen tiempo para la literatura, para decir el verso azul y la canción profana, de que hablara Rubén. La revista a que aludo es aceptable y me parece inferior a *La Cuna de América* que ya no me envían ni Logroño, ni Raul Abreu.

*Julio Cordero.*—*La Voz de la Ciencia.*—*Tip. de Guise.*—*Guatemala.*—No hay duda de que la bibliografía escolar ha ganado con esta pieza dramática del Profesor Cordero. Puesto que es para los niños, la dicción es sencillísima y la trama sin complicaciones. La moral se interpone, por supuesto, que esa es la finalidad del ensayo; y el triunfo es de la justicia. Bien hace el profesor guatemalteco en amenizar los ratos de ocio de los espíritus escolares, con esas producciones cortas y de eficacia notoria.

*Conciliación Internacional.*—*Instituciones docentes en los Estados Unidos.*—*Marzo, 1914.*—Se trata de un folleto que narra la vida académica norteamericana y da noticias acerca de la dirección intelectual que los estudiantes reciben en aquellas Universidades. El lema de la Asociación es: *Por la Patria y por la paz del Mundo.* Deben ser leídos sus boletines por los que prestan atención a la tierra de la estatua de la libertad y de esa manera, ponerse al tanto de la marcha de tales Instituciones en donde la voluntad y la libre iniciativa

son cultivadas paralelamente para realizar ideales de dominación espiritual sobre los hombres y a la vez de preponderancia colectiva. No hay duda que lo mejor es la Ciencia al servicio de la Patria, es decir, el culto a la Atenas Promakos que en su pueblo deseaba el espíritu de Justo Sierra.

*Raúl Agüero. — Guatemala: la revolución liberal de 1871 y las administraciones del benemérito Lic. Manuel Estrada Cabrera. — San José de Costa Rica. — Imprenta Alsina, 1914.*—Precedidas por un fragmento magistral que José Martí escribió acerca de la gloriosa Revolución de Junio, estas páginas vienen a conmemorar el gran momento histórico que sacudió desde sus cimientos a la tierra del quetzal y comunicó ondas de luz a El Salvador y Honduras. Aparecen espléndidas ilustraciones que nos ponen al tanto de los progresos materiales realizados en Guatemala. Es un folleto en que, de manera preferente, irradian amor perenne y sombra tutelar los dos grandes varones de aquella Odisea, el de los espejuelos y el de la barba romancesca, don Miguel y don Justo Rufino.

*Salvador Turcios R. — El Libro de los Sonetos. — Imprenta Nacional, San Salvador, 1914.*—Con particular interés hemos leído este libro del señor Turcios R., quien nos lo ha enviado para que conozcamos su esforzado amor a la Belleza y su devoción al soneto. Ha hecho bien en coleccionar sus composiciones literarias porque así podemos valuar, como se debe, su capacidad poética. Hay un prólogo de don José Dolores Corpeño que es una de las pági-

nas que más nos han despertado interés en cuanto al estilo, y una carta del señor Gavidia quien (nosotros hacemos un ademán de adhesión) hace el elogio de las bellas dotes personales, laboriosidad en el cultivo de las buenas letras y buen ejemplo de constancia del señor Turcios R. Encarecemos a los lectores de este comentario los versos de álbum y los patrióticos que figuran en la colección, especialmente los que son consagrados a Dolores Unda.

*Leonardo Argüello. — Por el Honor de un Partido. — Réplica a la Comisión Mixta de Reclamaciones de Nicaragua. — Tipografía Gurdian. — León, 1914.*—Leída ha sido la defensa que Argüello hace de su gremio político. Lo guardamos para cuando llegue la hora de dar al César lo que es del César. Figuran cartas, protestas, documentos, en fin, de notorio interés histórico para los anales de la libertad de Centro América. No sólo no es una protesta serena, sin insultos, sino que está llena del más puro amor patriótico y por eso recomendamos su lectura.

*Revista Universal. Suplemento de LA REPÚBLICA. — Guatemala 1914.*—Con muy buen gusto tipográfico y literario, Aguirre Velázquez está popularizando esta leída revista mensual en donde los favorecedores encuentran literatura, noticias de todo el mundo, artículos sobre modas y grabados de primer orden. En la edición de julio leemos el canto de guerra que José Juan Tablada escribió en México al saberse en dicha capital que las tropas americanas habían ocupado a

BIBLIOTECA

Veracruz. El connotado periodista guatemalteco hace bien a su patria al publicar una revista como la que encomiamos: hace labor en pro del buen gusto y del bolsillo propio; lo cual es prestantísimo.

*José Martí. (Versos).—Colección Ariel.—San José de Costa Rica.—*Maravillosa y llena del alma de aquel santo de la poesía, de aquel Orfeo divino que con su palabra y su ejemplo hechizó tantos hombres, ésta antología viene a reavivarnos el recuerdo del poeta civil, del prócer de lira celeste, del pensador que rayó en las alturas del genio porque sólo un genio pudo haber escrito tanto verso humano y trascendental y pensado tanta idea en llamas. Versos de hogar, versos sencillos, versos libres, versos que provocaron la revolución literaria que Darío realizó; versos de amor que eran blancos y arrullaban como

las palomas. Nadie como José Martí merece, por hombre honrado que decía la belleza, el nombre de poeta. Vivo está en los corazones que escucharon su música, etérea como la de los ángeles y así de penetrante, porque estaba vivificada por la emoción. La antología costarricense nos trae otra vez a la vista las joyas más puras de aquel cofre árabe. Hemos vuelto a estremecernos oyendo la dulce lira. Bendito poeta que, siendo triste, consoló a tanta alma y siendo hijo de una mortal, resplandecencias de inmortalidad lo envuelven. Tenía que ser poeta el que fué un luchador libre; era lo fatal, porque mucho sufría y mucho amaba y el idioma de oro de la Poesía es el idioma natural de los que viven para la lucha y el dolor.

ARGOS.



## Escepticismo

Gocemos la caricia del presente  
sin pensar en la esfinge del futuro.  
La verdad es tu amor. Tu beso ardiente.  
El porvenir es un abismo oscuro.

Quizá mañana mi recuerdo muera  
en tu frágil memoria. Quizá un día  
olvidemos la dulce primavera  
en que fuí todo tuyo y fuiste mía.

No interroguemos al pasado. Nunca  
nos ilusione la esperanza trunca.  
Vivamos del presente. Es lo mejor.

El placer que hoy sentimos es lo cierto,  
y si mañana este placer ha muerto  
gocemos de otra dicha en otro amor!

FROYLÁN TURCIOS.



## La princesa enmascarada

---

Del otro lado del parque, por encima de las aún desnudas copas de añosas hayas y encinas, llegó el sonido penetrante de un cuerno.

Era ya el quinto caballero que aquella mañana pedía asilo en el castillo. Y la joven princesa se alegraba pensando que quizá alguno de ellos, vencedor de la prueba exigida, llegaría á ser su esposo.

Ya en el año anterior se habían desvanecido las esperanzas de la princesita, porque ningún caballero, de los muchos que de todas las regiones del mundo acudieron, había salido airoso en la empresa.

¿Era ésta, pues, excesivamente dura? ¿Se trataba acaso de hender por mitad algún horroroso gigante ó de coser en el suelo un monstruo espantoso que arroja fuego por las narices?

¡No, ciertamente! Sólo era menester—y los hábiles dedos de una camarista hubieran debido bastar para ello—alzar la máscara impenetrable bajo la que—así lo había querido una hada—el rostro de la joven

princesa debía permanecer, hasta el día de su boda, oculto á las miradas de todos.

Aquella noche se dió en el castillo un gran banquete en honor de los pretendientes. Poco después de terminado éste, sonaron las doce de la noche, hora de la prueba á que debía someterse á los caballeros.

La alborozada concurrencia quedó inmóvil, y aparecieron los cinco pretendientes, apuestos, jóvenes y suntuosos.

Al punto avanzó al centro de la sala la princesa, rodeada de sus damas, vestidas de muselinas blancas como las neblinas que al salir el sol se levantan de los lagos azules. Su rostro, aunque fuera sonriente como una mañana de abril, desaparecía bajo el encantado antifaz, y sobre su nuca centelleaba el misterioso broche que ninguna fuerza humana había sido hasta entonces capaz de soltar. Se acercó el primero, el hijo de un rey de los países del Norte. Era rubio y blanco. Robustísimo, había luchado á me-



nudo, cuerpo á cuerpo con los osos, á los cuales iba á sorprender á sus cuevas. Ceñía una daga de cuatro dedos de ancho, fundida en los antiguos tiempos, y que un mago había templado en las glaciales aguas del Océano Polar, murmurando palabras de conjuro, al sol de media noche. Esta daga partía las rocas como si fueran pan y los diamantes como si fueran avellanas.

El pretendiente, ufano y activo, blandió un momento en el aire su daga, que despidió vivos reflejos, y luego la apoyó en el broche buscando la juntura. Pero al punto se oyó un ruido semejante al de un manajo de sarmientos secos que se cascan, y la hoja metálica se esparció en migajas por la alfombra.

Adelantóse después un príncipe de las tierras desconocidas que están más allá del gran desierto. Nada más que con las rodillas sabía domar los corceles más fogosos, y nunca había errado el blanco una de la saetas de su arco negro con incrustaciones de nácar. En un crisol tallado en negro granito, traía un filtro, una sola gota del cual basta á fundir un bloque de bronce, que diez hombres no hubieran podido levantar. Pero el terrible licor, vertido sobre el broche, se evaporó como un grano de incienso sobre una plancha de hierro candente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—suspiró la princesa—¿Va á suceder lo mismo que en la pasada primavera?

El tercer aspirante era un jefe de esos pueblos salvajes que viven en las orillas de los grandes lagos del Africa Central; tenía en la mano un saco de cuero de hipopótamo, donde estaban cuidadosamente guardados

los amuletos prodigiosos que pueden transformar un elefante en ratón, y el polvo de la calle en leche de camella.

Pero el broche no cedió á su poder.

Dos pretendientes aguardaban su turno. El uno, formidable mastodonte, de origen enteramente desconocido, enteramente velludo de la cabeza á los pies, estaba dotado de fuerzas más que hercúleas; se le había visto retorcer y abollar entre sus dedos un casco de acero; á sus pisadas retumbaba el pavimento y había habido que abrir las dos hojas de la puerta de la sala para que pudiera pasar encorvándose.

No tenía armas ni sortilegios; solamente confiaba en su fuerza. Cogió entre sus dos manos el broche, y se oyó el crujir de sus juntas, y se vió salir sangre de entre la carne y la uña del príncipe; pero el broche quedó intacto y el aspirante hubo de retirarse lanzando un rugido de furor y desesperación.

La princesita no se afligió de este nuevo intento infructuoso, porque semejante monstruo le causaba espanto.

¡Ah, si por el contrario, saliera victorioso el último caballero!

Muy joven, de negros cabellos flotantes, manos blancas, estatura ordinaria, gallardo y magnífico, había ya dado muestras de su valor en las batallas.

La joven princesa le conocía bien de haberlo visto caracolear delante del castillo, y más de una vez había descornado un poco las cortinillas de la ventana, para admirar su gentileza y su buen porte.

Pero ¿qué esperaba este joven cuando todos los demás, habían fra-

casado en su empresa? El no tenía ni la fuerza inaudita del uno, ni los encantos mágicos ó la daga de los otros.

Todos lo contemplaban y se sonreían al ver su audacia.

Sin embargo de esto, él avanzó con garbo. Al llegar ante la princesa, se inclinó profundamente en señal de respeto, y luego llevan-

do á sus labios el broche, depositó en él un beso. Y al punto los dos cordones del antifaz se desataron por sí mismos y la princesita dirigió una mirada radiante de belleza, de juventud y de felicidad á quien, confiando en sólo el poder del amor, había sabido conquistarla.

CARLOS TALBERE



## Rebaño de piedra

Desde la verde cima de un otero apoyado en su rústico cayado, contemplaba un pastor á su ganado beber en el vecino abrevadero.

Al dejar de beber, cada cordero era en inmensa roca transformado, y él también se quedó petrificado inmóvil y sin voz en el sendero.

Sintió la helada sensación que integra en la tierra mortal todo lo muerto. Transformáronse en llanos las barrancas;

y hoy parece un pastor de piedra negra apacentando en medio del desierto un rebaño espectral de rocas blancas.

FRANCISCO VILLAESPESA

## El anciano

---

Grela quedó huérfana á los veintisiete años.

Tan rara como su nombre, estuvo siempre de etiqueta con toda la familia, sin que su desgracia cambiara mayormente dicho estado de cosas.

Prefirió quedarse sola con su gobernanta en el caserón vacío cuyo aspecto de pariente adulto en la clausura de puertas y ventanas, bajo los árboles del jardín eternamente solitario, alejó por completo las últimas condolencias.

Sólo de tiempo en tiempo, el señor don Gerardo Carvajal y Souza de Lima, aunque no usaba sino su primer apellido, la visitaba en categoría de antiguo amigo de su madre, consolando durante una ó dos horas aquella soledad hermosa—Grela era bella y taciturna,—con su benevolencia distinguida, en la cual, como sucede cuando se trata de naturalezas elevadas, la gravedad anciana era un encanto y las canas resultaban una frescura.

El señor Carvajal tenía 60 años, pero, de una cultura intransigente, si consideraba á Grela como hija suya—afección inevitable en la vejez por los hijos de los amigos muertos—tratábala como a una señorita hermosa.

Siendo soltero, además, veía en ello un deber; y la estrictez de sus cumplimientos era tanta como su minuciosa solicitud hacia la hija de aquella antigua amiga, con

quien, para mayor distinción, nunca tuvo sino amistad.

Tan discreto era el señor Carvajal, que quizá con más derecho que muchos parientes, nunca había demostrado reparo en las rarezas de su joven amiga, á pesar de ser proverbiales; dimanando de aquí, en gran parte, el afecto que ella le profesaba.

Así, en las siestas hermosas que Carvajal elegía invariablemente para sus visitas—unas siestas de sol ligero, aire vivo y cantos de gallos lejanos, cuyo bienestar dominical parecía pertenecerles—Grela hacía con él por el jardín su único paseo de la semana ó de quincena, pues el anciano mantenía la condición juvenil de evitar las visitas metódicas, cuya regularidad confina con el fastidio. Y era ciertamente un bello espectáculo bajo los árboles como testigos de aquella casa siempre de luto, la pareja que formaban esa alta joven con su traje negro y de una sencillez tan justa, sus maravillosos ojos castaños, su blancura de incommovible nobleza, y el viejo amigo, alto también, enjuto como un sable lleno de rojo en su frialdad distinguida, como un generoso licor amargo, con aquella su palabra en cuya urbana agilidad, no exenta de precaución irónica, sonaba valerosamente, aunque más perceptible que al oído al corazón, el timbre de la hidalguía, y aquellas sus afables, cultas manos, cuyos

dedos parecían eternamente prontos á juntarse sobre una flor.

Las temporadas balnearias, que el señor Carvajal prolongaba mucho, siendo a su edad nadador insigne, separábanlos hasta las nuevas suaves siestas de otoño, echando sobre la existencia de Grela la uniformidad de inacabables hastíos.

Durante la última de esas temporadas, Grela había sufrido un encanto y una tragedia.

En relaciones secretísimas con un primo saz menor, á quien hallara tan vulgar como casualmente en un paseo matinal, no habiéndole visto desde niño, y cuyas visitas recibía á ocultas de toda confidencia, bajo el más absoluto silencio, su sér entero habíase entregado al misterio casi sombrío de aquella pasión en esa ciega generosidad de sacrificio con que se vuelve amor la imperiosa reserva de los desiguales.

Y, bruscamente, en lo mejor de aquella dicha, tanto más profunda cuanto más misteriosa, en la angustiada delicia de aquella falta que definía su existencia con un embellecimiento casi heroico de intrepidez, casi siniestro de fatalidad, un vulgar percance de regata la sumía en el horror de una viudez obligada á devorarse á sí misma como una leona demente, sin una queja, sin un dolor amigo, que habrían sido vergüenzas, dejándole para mayor desastre la evidencia del amor en su seno fructificado.

¿Quién habría apreciado en el dolor triunfal con que deseaba romper su secreto, estallándolo á sollozos, otra cosa que un percance de criada? ¿Quién habría visto sino una cínica vergüenza en el coraje

materno, con que estaba resuelta á exaltar hasta el fin la religión de su amor difunto?

En esas tribulaciones, el señor Carvajal regresó, iniciando como de costumbre sus visitas; nada pareció notar durante dos meses sucesivos, bajo el silencio combatiente de Grela, hasta que una tarde, volviendo del jardín para tomar el té, la joven había reventado de pronto en sollozos, contándosele todo á la sombra del vasto comedor ancestral, que anticipaba ya el invierno con dos tizonos prendidos en la estufa.

A la desgarradora confesión siguió un silencio. Dura y helada ante aquella liquidación de su destino, Grela incorporada á la inmovilidad de la sombra. El señor Carvajal dijo suavemente, después de alguna meditación:

—Me ofrezco á hacerla viuda de Carvajal, querida Grela, si lo permite Ud.....

Y como toda resistencia fué inútil ante la inevitable deshonra, que de otro modo caía sobre la joven, como nadie extrañaría el suceso, dado que las visitas del señor Carvajal eran interpretadas como pruebas de amor senil, y conocido el carácter de Grela, es lo cierto que un mes más tarde la sociedad acudía con cierta irónica piedad á los desposorios.

La rectitud del señor Carvajal era tan grande, que nadie dudó de su conquista: su agudeza mundana tan superior, que nadie vió en su matrimonio sino una reparación caballeresca, cuando sobrevino el prematuro alumbramiento de Grela, pues el señor Carvajal, tan ena-

morador como orgulloso, no pensó ocultar nada en el consabido viaje á Europa, como ciertamente habria podido hacerlo.

Fué tal su rendimiento, tales sus manifestaciones de ternura, que Grela misma llegó á creer en un amor oculto antes de aquella confesión trágica que decidiera el matrimonio.

No disminuyeron por esto su gratitud ni su admiración. Por el contrario, con el tiempo comprendió que élla también empezaba á amarle. El señor Carvajal pisaba ya los setenta años.

Una noche, apoyándose en la baranda del jardín, que era el orgullo de la mansión del señor Carvajal, Grela, un tanto languidecida de poesía, y con el alma honda de gratitud, dijo al anciano, en voz baja:

—Si entonces—era la primera vez que aludía á su confesión—yo

hubiera sido para tí lo que soy ahora, si te hubiera sorprendido mejor, te propongo una cosa. . . . .  
¿Sabes qué?—añadió después de un momento, pegándose á él con un vago escalofrío. Que nos hubiéramos suicidado juntos como dos amantes.

Y en voz muy baja:

—¿Qué habrías respondido?

El señor Carvajal miró al cielo, con una angustia vaga é indefinible; pasó cariñosamente una mano, que comenzaba á ponerse helada, sobre los cabellos de su esposa. La convicción de una soledad más alta y pura que las estrellas aclaró su espíritu como un vislumbre de alba sobre un Ande lejano.

La verdad, la verdad que ya no pertenecía sino á él, es que nunca la había amado.

LEOPOLDO LUGONES.



## Vidas viajeras

(FRAGMENTOS)

Nuestra presentación fué correcta y vulgar:  
—El señor de la Vega—me inclinó.—Servidor,  
y á todos los artistas les herí sin pensar  
con mi pose insufrible de muchacho escritor.

Era en el escenario. Se ensayaba un pesado drama sentimental de un autor español. Había paz de tarde. Y sobre el decorado caían adorables carcajadas de sol.

Y tú, gitana mía, al verme tan apático,  
sin un halago para tus gracias de mujer,  
¿no es verdad que me hallaste un poquito antipático  
y no pensaste nunca que me ibas á querer . . . ?

DANIEL DE LA VEGA.



## Páginas selectas

La justicia de un hombre es la injusticia de otro; la belleza de un hombre, la fealdad de otro, la sabiduría de un hombre, la locura de otro, según contemplamos los mismos objetos desde un punto de vista más alto. Un hombre piensa que la justicia consiste en pagar sus deudas y no mide el horror que siente por el que cumple este deber con negligencia y hace esperar á sus acreedores hasta aburrirles. Pero quizá este último tiene su manera de considerar este deber y se pregunta: ¿Qué deuda he de pagar antes? ¿Mis deudas con los ricos ó mis deudas con los pobres? ¿Mis deudas de dinero ó mis deudas de pensamiento con el género humano y de genio con la Naturaleza? Para vosotros, ¡oh agentes de comercio!, no hay otros principios que la aritmética. Para mí el comercio es de una importancia trivial; el amor, la fe, la verdad del carácter, la aspiración del hombre, he aquí las cosas que tengo por sagradas; no puedo como vosotros separar un deber de todos mis demás deberes y concentrar mecánicamente mis fuerzas

en el pensamiento del pago del dinero. Dejadme seguir viviendo y veréis que, aunque más lentamente, por el progreso de mi carácter, liquidaré todas estas deudas, sin que para esto tenga necesidad de faltar á más altos deberes. Si un hombre se entregaba enteramente al pago de sus facturas, ¿no cometería una injusticia? ¿no debe nada más que dinero? ¿le hacen el banquero, el propietario, todas las reclamaciones que pueden serle dirigidas?

Así no hay virtud que sea final; todas son iniciales. Las virtudes de la sociedad son los vicios de un santo. El terror de reformas es el descubrimiento de que hemos de arrojar nuestras virtudes ó lo que tuvimos por tales al abismo que ha trazado ya nuestros vicios más groseros.

El poder más alto de los momentos divinos es que pueden abolir nuestros pecados. Diariamente me acuso de pereza y de indolencia; pero cuando las olas de la divinidad se levantan en mí, no siento ni me inquieta el tiempo perdido. No calculo mezquinamente mis progre-

sos posibles en lo que me queda todavía del mes ó del año, ya que estos momentos divinos nos dan una especie de omnipresencia y de omnipotencia que nada pide á la duración porque entonces la energía del espíritu está en relación exacta con la obra que se ha de hacer sin la ayuda del tiempo.

Mas desde aquí oigo algún lector que exclama: Así pues, ¡oh filósofo de los círculos! llegáis á un completo escepticismo, á una equivalencia y á una indiferencia de todas las acciones, nos enseñáis que si somos verdaderos, hasta nuestros crímenes pueden ser las piedras vivas que sirvan para construir los temples del verdadero Dios.

No trato de justificarme. Confieso que me alegro al ver el principio del azúcar en toda la naturaleza vegetal, y que no me alegra menos el ver la inundación invencible del principio del bien en cada ángulo y hendidura que el egoísmo dejó abierto, y más aún en el egoísmo y en el pecado; de tal modo que ningún mal está exento de bien y que hasta el infierno tiene sus satisfacciones. Pero como tengo todavía mi cabeza en su sitio y obedezco á mis impulsos, no permitiré que nadie recuerde al lector, en nombre mío, que soy un experimentador. No déis el más mínimo valor á lo que hago, no echéis el menor descrédito sobre lo que no hago, como podríais hacerlo si pretendiese establecer la verdad ó la falsedad de algo. Todo lo saco de quicio; ningún hecho es sagrado para mí, ningún hecho es profano; como incansable buscador, experimento

simplemente sin encadenarme nunca al pasado.

Pero este incesante movimiento, esta progresión que comparten todas las cosas, sólo pueden hacerse sensibles para nosotros por el contraste de algún principio de estabilidad y de fijeza en el alma. En tanto que prosigue la eterna generación de círculos, el eterno generador permanece inmóvil. Esta vida central es superior á la ciencia y al pensamiento y contienen en sí misma todos sus círculos. Este generador central se esfuerza en vano en crear una vida y un pensamiento tan amplio y tan excelente como él mismo, pues lo creado nos enseña á crear mejor.

El sueño, el descanso y la conservación no existen; todas las cosas se renuevan, germinan y florecen. ¿Por qué llevan en tiempos nuevos reliquias y harapos? La Naturaleza aborrece lo antiguo; la única enfermedad existente es la vejez; todas las demás enfermedades se fundan en ésta. La conocemos con nombres muy diversos: fiebre, intemperancia, locura, estupidez, crimen; todas las enfermedades son formas de la vejez, son el reposo, la conservación, la apropiación, la inercia, no la novedad, el impulso que nos lleva hacia adelante. Cada día encanecemos; no veo la necesidad de ello. Mientras conversamos con lo que está encima de nosotros, nos hacemos jóvenes en lugar de hacernos viejos. La infancia y la juventud llenas de aspiraciones y abiertas á todas las impresiones con la vista levantada religiosamente al cielo, se tienen por nada y se abandonan á la instruc-

ción que reciben por todos lados. Pero el hombre y la mujer que han doblado los sesenta se arrojan el derecho de conocerlo todo, menosprecian sus esperanzas, renuncian á sus aspiraciones, aceptan lo actual como necesario é inevitable y hablan á los jóvenes en tono agrio é imperioso. Si se hiciesen órganos del Espíritu Santo, si fuesen amantes todavía, si contemplasen la verdad, se elevarían sus miradas, se borrarían sus arrugas y serían perfumados de esperanza, poderosos y fuertes todavía. La vejez no ha de ser para el espíritu humano un tiempo de entorpecimiento. Cada momento es nuevo en la Naturaleza; el pasado es absorbido y olvidado siempre; sólo es sagrado el porvenir. Sólo es segura la vida de transición, dado que las energías del espíritu pasan indefinidamente de un punto á otro. Ningún juramento, ningún contrato, pueden encadenar tan fuertemente nuestra alma que nos preserve de un nuevo amor. No hay ninguna verdad, por sublime que sea, que no pueda parecer trivial mañana á la luz de nuevos pensamientos. Los hombres anhelan un punto de apoyo: sin embargo, sólo tienen esperanza hasta que lo han encontrado.

La vida es una serie de sorpresas. Mientras construimos, por así decirlo, nuestro ser, no adivinamos el humor, el placer, ni la potencia de mañana. Baluceamos quizá algunas palabras tocante á las condiciones más inferiores de nuestra alma y á los actos de rutina y de sensación; pero las obras maestras de Dios, la completa unidad, los movimientos universales del alma, son

ocultos é incalculables. Puedo saber que la verdad es divina y nos socorre, pero no puedo adivinar cómo lo hace. El hombre que adelanta y progresa, conserva en su nueva posición todas las fuerzas de la antigua. Sólo que se presentan bajo un nuevo aspecto. En su corazón lleva todas las energías del pasado, y, sin embargo, están frescas en él como la brisa de la mañana. Al entrar en este nuevo período que se abre para mí, arrojo como hueca y vana mi pesada ciencia de otro tiempo. Ahora por primera vez me parece que comprendo rectamente las cosas. Ignoramos lo que significan las voces más sencillas, excepto cuando amamos y cuando estamos llenos de aspiraciones.

La diferencia entre el talento y el carácter es la misma que hay entre saber reparar el viejo camino trillado y la fuerza y valor de abrir la nueva vía que nos conduzca á nuevos y mejores fines. El carácter presta al presente un supremo poder, embellece, llena de regocijo y precisa la hora actual y fortifica la sociedad, mostrándole que hay muchas cosas posibles y excelentes en que no había pensado. El carácter amengua la impresión de los fenómenos particulares. Cuando vemos al conquistador, apenas pensamos en la batalla y en el éxito. Comprendemos que hemos exagerado las dificultades; sus acciones fueron fáciles. El grande hombre no es convulsivo ni fácilmente emocionable. Es tan eminente que los fenómenos pasan por encima de él sin apenas impresionarle. Los hombres dicen: «Ved cómo he vencido,



ved cuán alegre estoy, ved cuán totalmente he triunfado de los adversos acontecimientos.» Pero si su recuerdo me sugiere un solo acontecimiento nefasto, es como si no hubiesen conquistado nada todavía. ¿Es una conquista ser un sepulcro alegre ó blanqueado ó una mujer medio loca que ría históricamente? La verdadera conquista consiste en forzar los acontecimientos nefastos á fundirse y desaparecer como una nube de la mañana, como un hecho de resultados insignificantes en la historia, tan amplia ya, tan infinita y en marcha todavía.

La única cosa que perseguimos con insaciable deseo es olvidarnos, quedar admirados de nuestra propiedad, perder nuestra embarazosa memoria, hacer algo sin saber cómo ni por qué; en una palabra, trazar

un nuevo círculo. Nada grande se terminó sin entusiasmo. Los caminos de la vida son maravillosos; la vida obra abandonando. Los grandes momentos de la historia son aquellos en que se cumplen fácilmente, gracias á la fuerza irresistible de las ideas, las acciones y la obra del arte y la religión. El hombre—decía Oliverio Cromwell—se eleva á lo más alto cuando no sabe á dónde va. Los sueños, la embriaguez, el uso del opio y del alcohol, son plagios y falsificaciones de este genio profético; por esto atraen tan peligrosamente á los hombres. Por el mismo motivo acuden los hombres á las pasiones salvajes, tales como el juego y la guerra, para imitar de algún modo el fuego y la generosidad del corazón.

EMERSON.



# INDICE

## del Tomo I del ATENEO DE HONDURAS

### Producción nacional

<i>Albir, Francisco José</i>		<i>Ganero de Medina, Lucila</i>	
Los bárbaros de la Hora.....	167	Sor Susana.....	290
Onix.....	243	<i>Guardiola, Esteban</i>	
Al Maestro Nufio .....	301	A los centroamericanos. (En el centenario del 5 de noviembre de 1911) .....	53
<i>Bonilla, Joaquín</i>		<i>Guillón Zelaya, Alfonso</i>	
Tristeza del dios Pan.....	146	Vigor de antaño.....	93
Ira justa.....	273	Tal quiso ser un árbol.....	137
Preludio estival .....	273	¿Serás tú?... ¿Será ella?.....	152
<i>Brizio, Agustín S.</i>		La voz de mi corazón .....	242
La Grande Alma Universal. (Discurso de incorporación al Ateneo).....	297	Noche romántica.....	328
<i>Cáceres, Julián R.</i>		<i>La Directiva</i>	
Por los senderos del Arte.....	303	Primer Certamen Pedagógico Nacional. (Bases del Certamen). Certamen Literario. (Juegos Florales de 1915).....	186 159
<i>Canales, Adán</i>		<i>La Redacción</i>	
Alma lírica.....	17	Notas .....	119
Sangre de corza.....	46	<i>La Secretaria</i>	
Noche de luna .....	46	El Ateneo de Honduras en 1913. (Memoria leída en la se- sión ordinaria del 9 de enero de 1914).....	97
Vuelo de cóndores .....	108	Bibliografía de las Ruinas de Copán. (Carta a don Fabio Baudrit). .....	135
Desolación .....	320	<i>Latnes, Samuel</i>	
Ironía fatal.....	333	Visión pretérita.....	154
<i>Durón, Rómulo E.</i>			
Canto patriótico .....	18		
A Laura Reyes .....	108		
La campana del reloj.....	114		
José Joaquín Palma.....	121		
Memoria sobre Edgard Allan Poe, (Traducción) .....	133		
Ven, reposa en mi seno. (Tra- ducción de Moore). .....	201		
A Froylán Turcios.....	333		

*Landa, Luis*

La estación que reina y los vientos que soplan ..... 29

*López Pineda, Julián*

Enrique Nuila ..... 191  
 El espectro ..... 274  
 Beso de ilusión ..... 288  
 El Idioma Hispano americano ..... 308

*Lozano A., Eilmundo*

Discurso (contestación al que pronunció el Dr. Bernabé Salgado en el acto de su incorporación como socio de número del Ateneo.) ..... 73

*Molina, Juan Ramón*

Nostalgia..... 334

*Navarro, Inés*

Comentarios al testamento de Morazán ..... 9

*Ortega, Ramón*

Psalmos de la Escuela ..... 284

*Padilla, Visitación*

2 de Noviembre ..... 42  
 Las rosas ..... 92  
 Primera voz del año ..... 118  
 De mis cartas ..... 136

*Quezada, Urbano*

Alvaro Contreras ..... 285

*Reina, Jerónimo J.*

Remembranza ..... 50  
 In memoriam ..... 50

*Rosales, Salatiel*

El Ateneo de Honduras ..... 1  
 Ellos y Nosotros (fragmentos de un estudio) ..... 35

*Salgado, Bernabé*

Crisis general y problemas trascendentales de la humanidad. (Discurso pronunciado en el acto de su incorporación al Ateneo) ..... 66  
 Hora lírica ..... 105  
 La Grande Alma Universal o *Anima Mundi*. (Trabajo leído en contestación al del Dr. don Agustín Santiago Brizio, en el acto de su recepción como socio del Ateneo) ..... 267  
 La novela ..... 324

*Sequeiros, Gonzalo S.*

Edad de Oro de la Literatura Patria (Marco Aurelio Soto) ..... 44  
 Edad de Oro de la Literatura Patria (Adolfo Zúñiga) ..... 109  
 Edad de Oro de la Literatura Patria (Manuel Molina Vijiil) ..... 174  
 Edad de Oro de la Literatura Patria (Ramón Rosa) ..... 321

*Sologaitoa, José Cruz*

Alma cristiana ..... 25  
 La abuelita ..... 37  
 Cuatro páginas ..... 86  
 El triunfo del tacto ..... 112  
 El caso de los ancianos ..... 178  
 Las Bibliotecas que se miran desde la calle ..... 244  
 Palabras en honor de Nuño ..... 306

*Turcios, Froylán*

Palabras. (En la velada del 3 de octubre de 1913) ..... 2  
 La velada del Ateneo de Honduras ..... 20  
 Voz lejana ..... 29  
 En el olvido ..... 36  
 Añoranzas ..... 37  
 Jardín cerrado ..... 64  
 Quimera azul ..... 86  
 Vida errante ..... 92  
 Dolor del Recuerdo ..... 124  
 Nuevo laurel ..... 191  
 Junto al piano ..... 231  
 Fugitiva ..... 266  
 Eterna sombra ..... 297

*Valle, Rafael Heliodoro*

Jazmines del Cabo ..... 7  
 Ellos y Nosotros. (Palabras dichas en la fiesta inaugural de *Juventud Hondureña*, el 8 de noviembre de 1913) ..... 42  
 Santa Rosinda ..... 56  
 El libro de Rafael López ..... 94  
 Los huérfanos ..... 104  
 Pensando en México (Toluca, Xochimilco) ..... 147  
 Pensando en México (Puebla) ..... 164  
 Era en Jerusalén ..... 195  
 Pensando en México (Querétaro) ..... 199  
 La juventud de Alvaro Contreras ..... 246

Novia triste.....	277	<i>Herrera y Reissig Julio</i>	
Pensando en México (La ca- tedral, Cuernavaca, El Maestro Kiel).....	277	<i>Hugo, Victor</i>	312
La leyenda del Lago de Yojoa..	281	El Momotombo.....	47
Idilio de la montaña.....	305	<i>Jinénez, Juan Ramón</i>	
Pensando en México (Un libro de González Obregón, Colonia Roma, Chapultepec).....	315	Una voz, una palabra ...	59
Los últimos libros y revistas..	328	<i>Mallarné, Stéphane</i>	
<i>Zepeda, Jorge F.</i>		La pipa.....	335
¡Más allá!.....	128	<i>Montesinos, Pedro</i>	
<i>Zúñiga, Luis Andrés</i>		Antología boliviana.....	125
Aguilas conquistadoras. ....	5	<i>Moréas, Juan</i>	
À Mademoiselle Gabrielle Pec- tor.....	23	Hadas, bajo los rizos.....	337
Los poetas malditos (Paul Ver- laine).....	33	<i>Nervo, Amado</i>	
Los poetas malditos (Paul Ver- laine).....	81	Versos autobiográficos.....	338
Los poetas malditos (Paul Ver- laine).....	102	<i>Parolovsky, Gastón de</i>	
Los poetas malditos (Paul Ver- laine).....	129	En el mar.....	296
Discurso (frente al cadáver de Valentín Durón el 29 de agosto de 1907).....	313	<i>Ive, Edgar Allan</i>	
		Un suceso en Jerusalén ...	56
		<i>Regnier, Henry de</i>	
		Experiencia.....	336
		<i>Rollinat, Mauricio</i>	
		La biblioteca.....	337
		<i>Ruskin, Juan</i>	
		Definición del Arte.....	80
		La danza de la Muerte.....	310
		<i>Sanvebois, Gastón</i>	
		Los autores del día. (Nicolás Beauduin y la Poesía Contem- poránea).....	296
		<i>Schelly, Percy Bishey</i>	
		Del Prometeo Libertado. (Tra- ducción de Carlos A. Bravo)	111
		<i>Silva, José Asunción</i>	
		Dos libros.....	155
		<i>Urbina, Luis G.</i>	
		Así fué....	151
		<i>Valle-Inclán, Ramón del</i>	
		Tula Varona.....	138
		Beatriz.....	202
		<i>Villavespa, Francisco</i>	
		Nuevos psalmos.....	149
		<i>Whitman, Walt</i>	
		Una extraña velada transcun- rrida en un campo de batalla.	49
		<i>Wilde, Oscar</i>	
		El maestro de sabiduría ...	195
<i>Avilés, Juan Ramón</i>			
Conchas marinas.....	298		
<i>Baudelaire, Carlos</i>			
La invitación a viajar.....	57		
Rápida.....	339		
<i>Berthelot</i>			
La Ciencia y la Moral.....	84		
<i>Silva, José Asunción</i>			
Dos libros.....	155		
<i>Emerson</i>			
De la confianza en sí mismo..	51		
El Hombre y el Mundo.....	330		
<i>France, Anatole</i>			
Villiers de L'Isle Adam.....	89		
Cleopatra. (Traducción de Ra- fael López).....	231		
<i>García Calderón, Francisco</i>			
Un filósofo en la Academia ...	211		

## Reproducciones

# Ateneo de Honduras

REVISTA MENSUAL

Administrador: Lic. FELIX SALGADO

## CONDICIONES:

Suscripción, al mes.....	\$ 0.50
Número suelto del día.....	0.60
Número atrasado.....	0.80

## SUMARIO DEL NUMERO 12

- I.—*El prócer Herrera*, por RAFAEL HELIÓDORO VALLE.
- II.—*La sonrisa de Afrodita*, por JULIÁN LÓPEZ-PINEDA.
- III.—*Los dos perros*, por LUIS ANDRÉS ZÚNIGA.
- IV.—*Para entonces*, por LORENZO STECHETTI, [traducción de Jurado de la Parra].
- V.—*Los últimos libros y sonetos*, por ARGOS.
- VI.—*Escepticismo*, por FROYLÁN TURCIOS.
- VII.—*La princesa enmascarada*, por CARLOS TALBERE.
- VIII.—*Rebaño de piedra*, por FRANCISCO VILLAESPESA.
- IX.—*El anciano*, por LEOPOLDO LUGONES.
- X.—*Vidas viajeras*, por DANIEL DE LA VEGA.
- XI.—*Páginas selectas*, por EMERSON.
- XII.—*Índice del Tomo I del Ateneo de Honduras.*

# ATENEOS DE HONDURAS

PRESIDENTE HONORARIO:  
**DR. FRANCISCO BERTRAND**

## JUNTA DIRECTIVA

Presidente,  
**FROYLAN TURCIOS.**

Vocal 1º,  
**Esteban Guardiola.**

Vocal 2º,  
**Samuel Laines.**

Secretario 1º,  
**Julián López Pineda.**

Secretario 2º,  
**Adán Canales.**

Tesorero,  
**Pedro Nufio.**

## SOCIOS ACTIVOS

Carlota Membreño.  
Ylustración Padilla.  
Rómulo E. Durón.  
Miguel A. Navarro.  
Juan María Cuéllar.  
Luis Andrés Zuñiga.  
Salatiel Rosales.  
Francisco Nolasco.

Inés Navarro.  
Ernesto Arrueta.  
Presentación Quesada.  
Carlos Zuñiga Figueroa.  
Luis Landa.  
José Cruz Sologaito.  
Félix Salgado.  
Enrique Pinel.

Buenaventura Zepeda.  
Rafael Coello Ramos.  
Julián López Pineda.  
Vicente Mejía Colindres.  
Edmundo Lozano.  
Gonzalo Sequeiros.  
Bernabé Salgado.

## SOCIOS HONORARIOS Y CORRESPONSALES EN CENTRO-AMERICA

### GUATEMALA

#### SOCIO HONORARIO

José Rodríguez Cerna.

#### CORRESPONSALES

Adrián Reinos.  
Virgilio Rodríguez Beteta.  
Miguel Angel Urrutia.  
Máximo Soto Hall.  
Francisco Contreras B.  
Eduardo Aguirre Velásquez.  
Carlos Wyld Ospina.  
Alfonso Guillén Zelaya.  
Rafael Arévalo Martínez.  
S. Martínez Figueroa.  
Carlos H. Martínez.

### EL SALVADOR

#### SOCIO HONORARIO

Francisco Gavidia.

#### SOCIOS CORRESPONSALES

Alberto Ma-ferrer.  
Rubén Rivera.  
Román Mayorga Rivas.  
J. Antonio López G.  
Arturo Ambrogli.  
J. Dolores Corpeño.  
Alonso A. Brito.  
Jorge Zepeda.

### NICARAGUA

#### SOCIOS HONORARIOS

Santiago Argüello.  
Luis H. Debayle.

### CORRESPONSALES

Roberto Barrios.  
Juan Ramón Avilés.  
Antonio Bermúdez.  
José Olivares.  
Itanión Sáenz Morales.

### COSTA-RICA

#### SOCIOS HONORARIOS

Roberto Brenes Mesén.  
Ricardo Fernández Guardia.  
Justo A. Facio.

### CORRESPONSALES

Joaquín García Monje.  
Ernesto Martín.  
Carlos Gagini.  
Guillermo Vargas.  
Claudio González Rucavado.  
Alejandro Alvarado h.  
Fablo Baudrit.

### HONDURAS

#### SOCIOS CORRESPONSALES

Mercedes Laines (Amapala).  
Jerdónio J. Reina (Santa Rosa).  
Adán Coello (Amapala).  
Lucila Gamero de Medina (Danif).  
Manuel de Adalid y Gamero (Danif).  
Emilio Williams (Choluteca).  
Calixto Marin (Comayagua).  
José Inestroza Vega (Cedros).  
Eduardo Martínez López.  
Adán Pineda H.